

# El cristiano y la guerra espiritual

Por Wilbur Madera

Muchos de nosotros, en nuestra relación con Cristo, estamos viviendo tranquilos, confiados, con la guardia baja, despreocupados, pensando que es muy improbable que el pecado nos alcance en alguna de sus manifestaciones, incluso podemos excedernos en nuestra tranquilidad, al punto de la insensatez. Si bien es cierto que la Escritura nos enseña a vivir confiados en la gracia del Señor y su fuerza, no por esto deja de alertarnos de una realidad que todo creyente está enfrentando.

Esta realidad, no nos permite bajar la guardia; no nos permite estar como si no estuviera pasando nada a nuestro alrededor; no nos permite permanecer pasivos. Al contrario, la Escritura nos llama a vivir alertas, velando, y peleando la buena batalla. La Escritura nos llama a vivir no como si estuviéramos en tiempos de paz, sino como en tiempos de guerra.

Los discípulos de Cristo estamos en una guerra espiritual cuya victoria segura es Jesús. Es una realidad. Estamos en una guerra. No podemos bajar la guardia. Necesitamos vivir alertas a la maldad, a la tentación, a las ideologías de este mundo. Los discípulos de Cristo estamos en una guerra espiritual. Pero la buena noticia del evangelio es que la victoria está segura porque tenemos un gran capitán, un campeón, que es nuestro Señor Jesucristo, y por su persona y obra podemos pelear con valor y entrega cada día de nuestras vidas.

Ahora bien, esta guerra tiene varios frentes enemigos. Son varias batallas que pelear. Es importante, entonces, traer a nuestra consciencia la enseñanza bíblica acerca de las batallas del cristiano en esta guerra espiritual. Consideraremos, tres batallas o enemigos que combatimos según la Escritura.

## La batalla interior.

Primero, hablemos de la **batalla interior**. Este es el principal y determinante campo de batalla de la guerra espiritual. Normalmente, al escuchar el término “guerra espiritual”, muchas personas, hoy día, piensan en reprensión de demonios, exorcismos, y cosas del mundo del ocultismo. Pero la Escritura, cuando hace referencia a la batalla contra el pecado, no apunta tanto hacia afuera sino, más bien, hacia adentro de uno mismo. Es decir, la batalla que se libra en nuestros corazones.

Esa batalla interior, es la batalla en contra de la naturaleza pecaminosa. Es la batalla en contra del pecado interior, el pecado del corazón. ¡Y vaya que es una batalla! Si no fuera así, no habría necesidad de la enseñanza, la predicación, la consejería, la disciplina eclesial, etc.

Creo que nadie puede negar esta batalla sentida, que es interna, en contra del pecado. Los pecados particulares proceden de esta naturaleza pecaminosa o también conocida como *la carne*. Es preciso aclarar que cuando la Biblia usa la palabra *carne* en un sentido negativo o pecaminoso, normalmente, no se está refiriendo al cuerpo físico, sino a un concepto espiritual, que es la naturaleza pecaminosa. No está hablando de un dualismo entre lo físico y lo espiritual, sino de la oposición que hay entre la vieja y la nueva naturaleza; llamándole *carne* a la vieja manera de vivir, al corazón pecaminoso.

Jesús, en Marcos 7:21-23, dice: *Porque de adentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necedad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona.*

El campo de batalla donde se libra la guerra espiritual es el corazón humano. Es una batalla interior. De adentro del corazón humano vienen los pecados.

Hoy día la tendencia es ver la causa del pecado como algo externo. Pensamos que, con cambiar las circunstancias, las compañías y los entornos será suficiente para vencer las batallas. El problema es que la batalla principalmente es interior. Así que, aunque cambiemos de trabajo, amigos, iglesia o autoridades, aunque quizá alivie algunos aspectos de la lucha, será algo incompleto porque el cambio más importante es el interno, el del corazón.

Nuestro enemigo número uno, lo llevamos dentro de nosotros mismos: un corazón carnal, un corazón orientado al pecado, un corazón vacilante entre glorificar a Dios o gozarse en el pecado. Esta es la guerra espiritual librada en el interior del creyente.

El no creyente no tiene esta lucha. No hay guerra en él, pues es esclavo y vive congruentemente con su naturaleza pecaminosa. Pero para el creyente en Cristo, puesto que tiene nueva vida, ya no se deleita en vivir en el pecado como antes. Ahora quiere agradar a Dios con todo su corazón; por eso se plantea esta lucha interior que a veces es agonizante. Si experimentamos esta lucha entre pecar y agradar a Dios, quiere decir, que hay vida en Cristo. Porque los muertos, no la experimentan.

Hay buenas noticias para todos los que estamos inmersos en esta batalla interior contra la naturaleza pecaminosa. Dice Gálatas 5:22-24, *En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas. Los que son de Cristo Jesús han crucificado la naturaleza pecaminosa, con sus pasiones y deseos.*

La buena noticia es que, gracias a la obra de Jesucristo en la cruz y en su resurrección, los que están en él, han muerto al pecado. Con Cristo en la cruz esa naturaleza pecaminosa, esa carne, quedó clavada y derrotada para siempre. Esas pasiones y deseos desordenados ya no tienen que dominarnos. Ahora en Cristo, puesto que el Espíritu Santo habita en los creyentes se va produciendo en ellos, ya no las obras de la carne o de la naturaleza pecaminosa, sino el fruto glorioso del Espíritu Santo, que no es otra cosa que los rasgos del carácter de Cristo. La victoria es nuestra identificación e identidad en Cristo. Nuestra victoria es Jesús.

### **La batalla exterior.**

La Escritura, también nos habla de otra batalla en esta guerra espiritual y esta es la batalla exterior. Esta batalla se libra contra factores externos que van en contra de la vida del creyente. A esta batalla exterior, la biblia la identifica como la batalla contra el mundo.

La palabra *mundo* cuando se usa en su sentido negativo y relacionado con el pecado, no se refiere a la tierra o a la realidad material. Algunos escuchan esta palabra y la interpretan con una mentalidad dualista en la que lo espiritual se opone a la realidad material. Esto no es así. Dios es el creador de todas las cosas visibles e invisibles. Todo es del Señor. *Mundo*, en su sentido negativo, no se refiere a la tierra que es creación de Dios, ni a la realidad material que nos rodea.

Cuando la Biblia habla del mundo y nos insta a oponernos a él, a no participar de las realidades pecaminosas de él, se está refiriendo a todo el sistema de vida pecaminoso que se opone a la voluntad y autoridad del Señor. El mundo son las ideologías, las practicas, las filosofías, las culturas humanas que han excluido al Señor como el gran Dios del pacto.

1 Juan 2:15-17 dice: *No amen al mundo ni nada de lo que hay en él. Si alguien ama al mundo, no tiene el amor del Padre. Porque nada de lo que hay en el mundo —los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida— proviene del Padre, sino del mundo. El mundo se acaba con sus malos deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.*

Claramente, se muestra la lucha que tenemos contra el mundo. El mundo, como lo hemos definido, ofrece una perspectiva o cosmovisión de la vida, muy distinta a la realidad presentada en la

Escritura. Es tan opuesta una cosmovisión a la otra, que se nos insta a no amar al mundo. Si amas a ese mundo que se opone tan neciamente al Señor, la conclusión que se podría sacar es que no has conocido en verdad del amor del Padre celestial. Después de haber recibido el amor del Padre, ¿cómo puedes considerar como algo más valioso o precioso la basura que ofrece el mundo?

Esta batalla externa contra las ideologías, contra las prácticas circundantes, contra filosofías y argumentaciones necias e impías, se libra también en el corazón. Pero son ataques externos que seducen internamente nuestros corazones.

Se nos dan algunos ejemplos de las cosas contra las que tenemos que luchar en esta batalla externa que incide en el interior. Estas cosas no provienen de Dios, sino del mundo: “Los deseos de la carne”, “los deseos de los ojos”, “la vanagloria de la vida”. Todas estas cosas nos proveen una cosmovisión muy distinta de la vida. Nos instan a apartarnos de la voluntad del Dios vivo y verdadero. Nos ofrecen una vida a nuestra manera y medida, pero no una vida que glorifica a Dios.

Aunque el mundo ofrezca alternativas sustentables de vida, la realidad es que estas cosas no permanecerán. El mundo y sus ideologías resulta inútil, efímero, pasajero, temporal. Es un craso error fundar nuestras vidas en el mundo. Cuán desilusionadas acaban las personas que guían sus vidas por las filosofías de este mundo. Esta vida está destinada a la futilidad. El mundo y sus deseos son pasajeros, no permanecerán.

El creyente en Cristo, batalla contra estas fuerzas externas, que amenazan con suplantar la verdad de Dios en su corazón. El cristiano en esta batalla no puede huir del mundo, pues vive en él. Jesús mismo dijo que no seríamos quitados del mundo, sino seríamos guardados del mal.

Pero hay buenas noticias para los que estamos inmersos en esta batalla exterior contra el mundo y es que los que hacen la voluntad de Dios permanecerán para siempre, aunque el mundo se acabe. ¿Y cuál es la voluntad de Dios? Según el mismo Juan en su evangelio la voluntad de Dios es que creamos en Jesucristo a quién él ha enviado.

Jesús dijo a todos los que estamos en esta batalla externa contra las influencias del mundo en Juan 16:33: *En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anídense! Yo he vencido al mundo.*

Aquellos que creemos en Jesús, tenemos la victoria segura porque él ha vencido al mundo. Él ha hecho la voluntad de su padre. Él permanece para siempre. Los discípulos de Cristo estamos en una guerra espiritual cuya victoria segura es Jesús.

### **La batalla invisible.**

Los creyentes libramos una batalla interior, una batalla exterior, pero nos resta mencionar una batalla también muy importante, y esta es la **batalla invisible**.

Efesios 6:10-12 dice: *Por último, fortalézcanse con el gran poder del Señor. Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales.*

La Biblia nos advierte que los discípulos también enfrentamos una batalla que nuestros ojos no alcanzan a ver. Pero que no por eso, es menos real. Nos alerta que hay entidades perversas de maldad que habitan el mundo de las tinieblas, que son fuerzas espirituales malignas en las regiones celestes.

Si bien es una realidad que en nuestro entorno este concepto ha sido abusado por muchos, al punto de darle al diablo más poder que el que la Escritura revela, también es una realidad que otros, lo ignoran o lo consideran un mito o cuento de hadas.

Lo importante es afirmar lo que la Escritura nos dice para que ni estemos paralizados del temor o echándole la culpa de nuestros pecados, pero tampoco ignoremos su existencia y actuar en este mundo, aunque nuestros ojos físicos no alcancen a verlo.

La Biblia habla de este ser como un enemigo de Dios y como el enemigo del creyente. Incluso le llama Satanás, que significa, el acusador. La Biblia enseña que Satanás es poderoso, pero no está a la altura de Dios. El diablo no es un rebelde que hace lo que quiere, sino hace y llega hasta donde Dios permite de acuerdo con sus planes gloriosos.

El diablo es un ser creado, no es un ser omnipresente como Dios. Pero se habla que tiene huestes de demonios a los que se les menciona, como poderes, autoridades y potestades. Él y sus huestes tienen el control funcional de que no cree en Jesucristo, aunque él o ella no se den cuenta en su diario vivir.

La Escritura también nos enseña que su estrategia principal es la mentira. Las mentiras del mundo provienen del padre de toda mentira. El diablo usa esa estrategia para engañar. A veces son mentiras comunes en la cultura; a veces, usa mentiras con efectos especiales. Pero siguen siendo mentiras. Ya sean comunes o con efectos especiales, sus mentiras dicen: "Dios no es real, Dios te abandonó, yo soy más poderoso que Dios. Yo te puedo dar felicidad. Nunca podrás liberarte de mí".

Aunque nuestros ojos no pueden ver la actividad de este enemigo, no tenemos que vivir en zozobra o en angustia constante, porque la Escritura también nos enseña que el enemigo de nuestras almas ha sido vencido por el Rey de reyes y el Señor de los señores: Jesucristo.

Colosenses 2:14-15 dice: *Él anuló esa deuda que nos era adversa, clavándola en la cruz. Desarmó a los poderes y a las potestades, y por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal.*

Satanás y sus huestes han sido vencidos por la obra completada del Señor Jesucristo. Han sido exhibidos y humillados en público en la cruz del Señor. Su hegemonía ha terminado, le aguarda el lago de fuego y azufre por los siglos de los siglos.

Es tan segura la victoria de Cristo sobre Satanás que el apóstol Pablo dice que ni aún los principados ni potestades nos pueden separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro. Si eres de Cristo, estás seguro en su amor, incluso del peor enemigo de tu alma, que es el diablo. Los discípulos de Cristo estamos en una guerra espiritual cuya victoria segura es Jesús.

Hemos revisado, brevemente, los tres frentes clásicos de batalla del verdadero creyente en Cristo: Tenemos una batalla interna contra la naturaleza pecaminosa; tenemos una batalla exterior contra el mundo; y tenemos una batalla invisible contra el mundo de las tinieblas. Por supuesto, estos tres frentes de batalla no están separados o aislados, sino interactúan de maneras complejas en contra del creyente.

Esta es la guerra espiritual que libra la iglesia del Señor. Pero podemos batallar usando los recursos que el Señor nos ha dado en su Palabra, sabiendo que nuestra victoria está segura por la vida, muerte y resurrección del Señor Jesucristo que ha vencido para siempre. Jesucristo es la clave para la victoria.

Entre la primera y la segunda venida del Señor Jesús, los discípulos estamos en una guerra espiritual, que debemos con determinación e intención, en la gracia del Señor, batallar de todas las maneras posibles, hasta ese día que podamos decir con el apóstol Pablo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe, por la gracia de Cristo y para la gloria de Dios.